



**Pablo
ARANDA**

El agua en la boca, 18

Pablo Aranda

18

LITORAL

El agua en la boca



El territorio de Pablo Aranda

El territorio de Pablo Aranda

A veces tres meses no son nada y otras veces suceden tantas cosas en tres meses que nos cambia la vida. Igual que pasa con el tiempo que se dilata en los viajes y se comprime cuando estamos quietos en casa. El día que conocí a Pablo Aranda tuve la sensación de estar ante un escritor serio y tímido que hablaba con extrema modestia de su obra inédita. Sólo tres meses después de aquel encuentro Pablo Aranda recibió el Premio de Novela de Diario Sur y fue finalista del Premio Primavera. La vida se dilató para él como si hubiera realizado un viaje muy largo a un lugar lejano. A fin de cuentas, la literatura es un viaje fascinante y misterioso del que casi nunca se vuelve. Pablo Aranda emprendió ese viaje. Desde entonces nos encontramos en el callejón sin salida de alguna historia o en los hermosos paraísos ficticios donde escapan los novelistas. Lo descubro aunque vaya disfrazado de mujer madura o de camiónero francés. Da igual, a un escritor se le distingue de lejos.

Ahora sé que Pablo Aranda ha viajado por diversos países y por el interior de sí mismo antes de ponerse a escribir. Los héroes y las heroínas de sus novelas tratan de amoldarse al mundo que les rodea. Los personajes de Pablo Aranda son de carne y hueso. Hablan con palabras normales. Les suceden las mismas cosas que nos podrían ocurrir a cualquiera de nosotros. Son los héroes de los barrios comunes y los días laborables. Sus vidas y sus fantasías se cruzan y entrelazan hasta confeccionar un lúcido e inquietante collage. La novela de una ciudad y unas personas que no viven una teleserie,

sino la vida real. Es «La otra ciudad», esa ciudad que permanece invisible para aquellos que no la quieren ver; como el niño que se tapa los ojos para que desaparezca el peligro.

Vivimos en mundos concéntricos: Una ciudad, un barrio, una cárcel, una plaza, un patio, un centro de rehabilitación de toxicómanos, una casa de acogida para mujeres maltratadas, un piso de locos, un taller mecánico. Estos son los escenarios por donde se mueven los personajes de Pablo Aranda. Los escenarios de la otra ciudad que late en el interior de las ciudades. Resulta paradójico que cuanto más pequeño es el mundo, cuando más se oprime y se acerca, más fuera del círculo están sus habitantes. Ése es la amenaza de las ciudades concéntricas y el peligro de la otra ciudad. «Una ciudad en la que una mujer que da el pecho a su hijo en un patio tiene que tragarse la rabia, la impotencia y el dolor de saber en qué se convertirá el niño que sujeta entre sus brazos.» No hay teleseries que cuenten la ternura y la violencia, el dolor y la desesperación que conviven en los barrios marginados. «La ciudad agredida se vuelve agresiva.» Uno piensa entonces que la ciudad entera es un arrabal. Pero bajo la corteza de ese áspero mundo fluyen los sentimientos. El amor y el humor. Los anhelos y las frustraciones. De la misma manera que en el interior de las ciudades late el alma de otra ciudad.

Las novelas de Pablo Aranda nos sitúan frente al escaparate de una inmobiliaria. Imaginamos el territorio de esas novelas como si fuera una maqueta, un mundo pequeño e inmóvil, con la plaza, el bar de Chato, el quiosco de la vieja. Hasta que poco a poco las ramas de los árboles comienzan a moverse, los personajes cobran vida, las ventanas se iluminan. Así se crean los territorios de la fantasía. Quizá alguien piense que los barrios de Pablo Aranda nunca se venderían en una inmobiliaria. La verdad y el talento no se muestran en los escaparates. Y Pablo Aranda nos muestra una ciudad que se devora a sí misma. Una ciudad sin salida. Habitantes perdidos. Paraísos invisibles. La ciudad entera es un rastro. Y también está la ciudad que se entierra o descuartiza para trasladarla, fría y desmembrada, a los muesos.

Hace tiempo que aquel escritor serio y tímido se encarga de hacerme reír. También me ha descubierto un mundo deslumbrante hecho a nuestra medida. Pablo Aranda ha construido una ciudad con alma. Ha creado personajes tan cálidos y cercanos que los

reconocería enseguida si me cruzara con ellos por la calle. Ha levantado un universo verbal. «Una erupción de ideas puras» que funciona con el ritmo de la lluvia, sincronizado y constante, triste y conmovedor, tierno y divertido.

JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA



relatos

La espera

9661

Mira Juan a Pedro, le habla aunque sabe que no es necesario:

—Vas tú, Pedro.

Sabe Juan que Pedro sabe. Pedro no responde, parece no estar en el juego —qué coño le pasa a Pedro—, ni siquiera ha mirado sus cartas. Ahora es cuando nota Juan que algo le ocurre a *Pedro*, ahora se da cuenta de su silencio: casi toda la tarde callado —pero qué le pasa—. Manolo enciende un cigarro. Vicente, simulando estar atento a sus cartas, mira a Pedro, a Juan, a Pedro, piensa: yo he venido a jugar, estoy harto de Pedro, si él no quiere jugar que no juegue, que nos deje, joder con Pedro.

Pedro se ayuda con su mano derecha para cerrar sus cartas, juntándolas, como si solamente tuviera una, las deja con cuidado en la mesa, lentamente —ahora todos te miran— coge la baraja del centro del tapete y mezcla sus cartas. La mirada baja, lenta, fuerte.

—Pero qué haces.

Pedro no contesta —para qué, ¿acaso no sabes lo que hago? ¿no me ves?— ni mira, con un extraño movimiento, antes de levantarse, lleva sus brazos hacia atrás y descuelga del respaldo de la silla su chaqueta, se levanta. Se pone la chaqueta, se dirige a la puerta, se vuelve, observa la mesa —pero qué coño le pasa— coge su paquete de tabaco, deja el dinero, como si lo despreciara, el dinero que había ganado, como si dos mil trescientas pesetas no valieran el esfuerzo de estirar el brazo y cogerlas, como si dijera bueno, me voy pero os dejo el dinero.

—Adónde vas, Pedro, qué pasa. ¿Te acompaño?

—No, Juan, hasta luego.

—Tu dinero.

—Para ti —Pedro andando ya hacia la puerta, la abre—, juega tú con ese dinero.

—No puede —la voz de Vicente refleja su enfado, la mala leche— nos quedamos sólo tres.

Prom. El portazo es la respuesta. Ni se ha vuelto cuando le he hablado, piensa Vicente, ni me ha mirado el cabrón.

Prom. Para Vicente el portazo es la respuesta, como si le hubiera pegado Pedro. Para Pedro el portazo es la señal: ha conseguido salir del círculo que le oprimía, que llevaba agobiándole toda la tarde, deseando perder todo el dinero para poder irse. Ahora él se había ido, sin necesidad de esperar, ahí los dejaba, ahí os quedáis —murmuró bajando las escaleras—, me voy porque me voy, necesito aire, la calle, la noche (y te sorprende, Pedro, sospechar que vas a telefonar a Luisa, quizá te estés engañando y sólo sea eso lo que sucede: Luisa). Para Pedro el portazo es la señal: te das cuenta de que, al fin, estás solo, bajando unas escaleras tristes que —piensas— quizá no subas nunca más. No es éste tu sitio, te dices, no te conformas —no me conformo: de nuevo hablas solo, ya en la calle; repites: no me conformo— y decides estar donde quieres estar y si eso no es posible pues no estarás en ningún otro sitio. Yo sé lo que quiero, piensas, y eso es lo único que quiero, no deseo sucedáneos. O todo o nada. Por eso el portazo (que todavía se repite en tu mente: prom) ha sido para ti como una señal, el punto y final de una situación (la espera, piensas) que se ha estado alargando demasiado tiempo.

Dobla Pedro la esquina, gira a la derecha, pasa junto a una cabina de teléfono sin mirarla porque va pensando en la cabina que hay un poco más arriba, en la plaza, cualquier cabina sirve pero tú vas pensando en la de la plaza y vas a llamar desde la de la plaza, porque sí. Y andas seguro, aunque eso sí, el corazón —te dices— me late con fuerza, como si fuera corriendo en vez de andando. Y una extraña idea (que abandonas rápidamente) se te pasa por la cabeza: tal vez la diferencia entre andar y correr no exista sino en nuestra mente, porque yo ahora ando y es como si corriera aunque esté andando —porque me miro y lo compruebo: sí, estoy caminando, no corro— y he de fijarme para saber si ando o corro.

Allí está, Pedro, entre los árboles del fondo, luz blanca, paredes azules, sola, la cabina, tu único rumbo esta noche —no pensabas que fuera tan tarde— de octubre. Porque al otro lado de la cabina, de la línea, tal vez Luisa te espera. De la misma manera que Pedro ha esperado este momento: anular todas las circunstancias, estar solo frente a la llamada, que no exista nada más, sólo tú, Pedro (descolgando el teléfono, disponiéndote a marcar) y quizá —una vez más, puede que la última— Luisa, esperándote.

—No entiendo a Pedro— dice Vicente, pero lo que piensa, lo que diría si no estuviese Juan (al que de todas formas sondea, intentando medir el enfado de éste viendo así hasta dónde él —Vicente— puede llegar esta noche al hablar de Pedro), lo que realmente diría es estoy hasta los huevos de Pedro, no le llaméis más.

—Déjalo —dice Juan, que entiende lo que esconden las palabras de Vicente—, déjalo.

Manolo permanece en silencio, no dice nada, recoge la mesa, guarda las cartas, lleva los ceniceros a la cocina, los vasos (Vicente piensa: te llevas los vasos, no hay fiesta sin Pedro). Enciende otro cigarro Manolo, interrumpe a Vicente y a Juan:

—Pedro ya no es Pedro.

—Pero vale ya de Pedro, basta, ni que fuera el rey —suena agría la voz de Vicente, Juan lo nota.

—Déjalo, déjalo —dice Juan, pensando: Vicente está lanzado, no habrá quien lo pare, no supe captar la medida de este odio, se acabaron los martes por la noche, éste ha sido el último, qué coño le pasa a Pedro, seguro que es lo de Luisa, seguro, quién iba a decirlo.

Busca su vaso Vicente pero Manolo se lo ha debido de llevar a la cocina, mierda, me cago en Pedro, ya ni una copa podemos tomarnos, ni eso nos deja. Pero quién es Pedro, por qué le damos (y le sorprende a Vicente autoincluirse), por qué le damos tanta importancia.

—Yo me voy.

—Yo también.

Ninguno de ellos dice lo de siempre: «pase lo que pase nos vemos el martes». Apenas se miran al despedirse. No es Pedro —piensa Juan—, esto no funcionaba, tenía que explotar esta situación, no sé cómo no ha explotado antes, no ha sido por Pedro, somos todos, es Vicente, soy yo.

Tarda Pedro en marcar el número. Con el auricular en la mano espera.

—Qué hago esperando, por qué no llamo si lo que quiero es llamar.

Pero no llamas, Pedro. Te das cuenta —¿demasiado tarde?— de que el tiempo pasado desde el miércoles («no te entiendo, Pedro») se te condensa en estos instantes, que los días no han sido lentos cuando transcurrían y sin embargo ahora de repente se te agolpan todos estos días, todas estas horas, te preguntas por qué no has llamado antes.

—Por qué me fui —te dices— por qué me fui.

El insomnio que no has padecido lo sufres en este momento, sin entender cómo horas tumbado en la cama mirando al techo (horas que en realidad estuviste durmiendo) puedes sentir las pasar lentamente, gota a gota, en dos o tres segundos, seis días en dos segundos, y lo extraño es que es igual —o peor: porque ya no tiene remedio, el dolor es un síntoma, sin él no sabemos que algo no anda bien—, es igual, piensas, tener insomnio que no tenerlo si lo sientes. Y te acaricias con la mano libre (la otra apretando el teléfono que emite un sonido intermitente) la cara, te sorprende la suavidad, cómo no tener barba de tres días con todas estas horas que coinciden en este segundo del que no sé salir. Sospechando —¿demasiado tarde?— lo que es la locura, temiendo —al fin— que Luisa (por Dios, no) ya no te espere.

Trata Pedro de pensar, intentar calcular cuándo debía haber hecho algo, cómo haber evitado esta tarde de perros (bien: encuentras algo a lo que aferrarte: hiciste bien en cerrar la puerta. Las cartas no vistas sobre la mesa. El dinero. Prom). Pero Pedro (eso es, olvida lo que no puedes cambiar) está en la plaza, en la cabina, apretando con un dedo las teclas. Tres, tres, uno, tres, cinco, cuatro, cero. Después de estos años Pedro se plantea por primera vez si realmente conoce a Luisa: porque no sabes, Pedro, no sabes si te estará esperando, te has jugado mucho (todo, piensas) y ahora sí vas a ver tus cartas, en cuestión de segundos vas a comprobar el resultado de tu apuesta. Quisieras volver atrás (no, otra vez no), no haber arriesgado.

Le tiemblan a Pedro las piernas cuando el sonido se interrumpe. Antes de escuchar la voz de Luisa se le viene a Pedro el olor de

Luisa y la imagen de la sala de estar de su casa, Luisa sentada en el sofá, con su jersey de lana marrón.

—¿Luisa? Hola, soy Pedro.

—Pedro.

—Sí, te llamo para...

—Ya has vuelto de Madrid.

—Bueno, en realidad no he ido.

—Te he estado esperando.

—Estoy cerca de la casa de Manolo, en la plaza. En veinte minutos puedo estar ahí.

—No he dejado un momento de esperarte, ¿sabes?

—Luisa, he tenido miedo. Temía que fuera demasiado tarde.

—No he leído, apenas he dormido. Es dura la espera. Demasiado.

—Pero ahora te he llamado. Todo ha sido muy extraño, cuestión de un rato; de repente te he sentido muy fuerte. Te llamo porque no podía hacer otra cosa —le tiembla a Pedro la voz: ¿demasiado tarde?— más que llamarte. Quiero hablar contigo. Voy a coger un taxi, estaré ahí en cinco minutos.

—No, Pedro.

—Luisa.

—Cuestión de un rato, dices.

—No llores, Luisa, por favor.

—Déjame que llore. ¿Un rato? Yo te he esperado toda mi vida, lo he visto claro: todo lo que he hecho, todos los caminos andados desembocaban en este vacío eterno de seis días.

—Pero ya estoy aquí.

—No, Pedro, ahora es cuando realmente estás lejos.

—Pero dices que me esperabas. Luisa, por favor.

—Y te esperaba, Pedro.

Se pregunta Pedro por qué no cuelga el teléfono, por qué no salir de la cabina, de esta plaza, dejarlo todo atrás, se pregunta qué es lo que le impide hacerlo, qué extraña fuerza te sujeta. ¿Acaso nunca has amado? ¿Es eso? Nada dices. Nada sirve. No puedes volver atrás. Ojalá fuese otro martes.

—No te entiendo, Pedro —no es esto lo que escuchas, es lo que recuerdas, las últimas palabras que pronunció Luisa mirándote.

—No entiendo a Pedro —dice Vicente, la voz suena agria. Juan le mira, dice algo que Manolo no llega a entender —déjalo, dice— pero qué importan ya las palabras, mierda de tarde, martes roto,

piensa Manolo recogiendo el tapete, llevándose los vasos a la cocina, dejándolos encima de la mesa (ya los lavaré luego), deseando que Juan y Vicente se levanten, se vayan. Manolo piensa que lo raro ha sido las dos primeras horas de la tarde, las que han estado jugando como si nada se estuviera fraguando, como si el olor nauseabundo del ambiente no les impidiese respirar.

—Yo me voy —dice Juan.

—Yo también —añade Vicente.

Abre Manolo los ventanales que dan a la terraza, que el aire se lleve este olor, el humo, la tarde del martes. Vacía el cenicero en la basura, deja los vasos en agua, guarda la botella. Mira la mesa, mira la única huella: dos mil trescientas pesetas. Vuelve a la cocina, coge un trapo húmedo, limpia la mesa evitando rozar el dinero, sale a la terraza. Me sienta bien el fresco, ya llega el frío. Enciende un cigarro Manolo, apoya los codos en la barandilla. Mirando a la calle ve salir a Juan, a Vicente, cada uno hacia un lado.

—Adónde habrá ido Pedro —murmura Manolo—. Éste ha vuelto a casa de Luisa. Tiene que estar pasándolo mal Luisa —piensa Manolo— pobre Luisa. En qué pensará Pedro. Pobre Pedro.

—Vaya tarde —dice Manolo, habla solo Manolo— vaya mierda de tarde.

Llega a su casa Juan. Encuentra a Laura sentada en un sillón, escuchando música, comiendo algo.

—Qué pronto has vuelto, ¿has perdido todo ya? —pregunta Laura sonriendo.

—No. Es Pedro. De repente se ha levantado y se ha ido. Ni siquiera ha cogido el dinero que llevaba ganado, más de dos mil pesetas.

—A Pedro lo que le pasa es Luisa.

—Sí, Luisa. Seguro que ha ido a su casa.

—Y la muy tonta le abrirá. Como si nada.

—¿Has sacado al perro?

—No, todavía no. Yo también acabo de llegar.

—Yo lo bajo, a ver si me despejo un poco.

Más que en Pedro piensa Juan en Vicente, en sus palabras como espadas. Se siente confundido: qué hacía yo allí, qué me une a ellos, ¿es suficiente conocerse desde niños para seguir juntos? Se acabó. Vaya martes (sin duda el último). Tiene frío Juan y piensa en Luisa, no es que tenga gran capacidad de sufrimiento —como

decía Laura— es que no le queda más remedio: quiere a Pedro, le ama. Y piensas, Juan, en Laura, soltando al perro para que corra piensas en Laura y te entran unas ganas enormes de estar cerca de ella, alegrándote al saberla ahí, al otro lado de aquella ventana con luz en la quinta planta. Y no es sólo suerte, Juan, piensas, estar junto a ella.

En el mismo instante en que Juan llama al portero automático (pero tienes llaves, sólo quieres escuchar la voz de Laura) Pedro deja el auricular en su sitio y comienza a caminar.

—¿Juan?

—Sí, Laura, soy yo, abre.

—¿Y las llaves?

—Las tengo aquí pero quería que tú me abrieras.

—Anda, sube, tonto.

Sube Juan sonriendo, hablándole al perro mientras no habla Pedro, caminando calle abajo, las manos en los bolsillos (tienes frío, Pedro), sin fuerzas ni para quitarse de un manotazo la lágrima que le baja hasta la boca.

El hombre de la chaqueta marrón salió de su casa, caminó hasta la parada de taxis y le dijo al único conductor que había esa mañana que le llevara al Instituto de Investigación. No, no hacía falta que metiera en el maletero todas esas carpetas con papeles, las llevaría encima. Le esperaba el resto del equipo.

—Aquí lo tengo, ésta es la única copia que existe. He borrado los discos de ordenador.

Todos estaban serios. No es fácil encajar un golpe así: tres años dedicados al estudio de la esencia humana y ahora que hallaban una conclusión no podían difundirla.

—Nadie lo entendería.

—La gente no está preparada para algo así.

—¿Qué va a hacer, profesor?

—Me voy. No sé adónde, a un pueblo de Soria quizá.

El profesor se imaginó a sí mismo bajando las escaleras mientras las bajaba, seguramente mirado por los otros. En su cabeza se repetía la última frase del estudio, una y otra vez: la esencia humana es una pelusilla.

El presente documento tiene como objetivo principal...

En consecuencia, se propone...

Para ello, se establecen...

Se considera necesario...

Finalmente, se...

Ventana

7661

- Gema.
- Qué quieres.
- La ventana.
- Qué ventana.
- La ventana. La única.
- Qué pasa con la ventana.
- Está abierta.
- Duérmete, anda, Luis, déjame dormir.
- Tengo frío. Me molesta la claridad.
- Pues ciérrala, pero cállate de una vez.
- Ahora resulta que me voy a tener que levantar yo.
- Luis, tú eres el que tiene frío. A mí no me molesta la ventana.
- Que yo sea el que tiene frío debería ser una razón precisamente para que te levantas tú que no tienes. Encima dices que me levante yo porque a ti no te molesta, entonces todas las cosas que a mí no me molestan y a ti sí debo dejar de hacerlas, ¿no?
- Anda, duérmete.
- Yo tomo el café solo, pero el lunes compré leche, según tu lógica no tendría que haberla comprado. Cuando pongo la mesa y hay ensalada llevo aceite y vinagre, sin embargo como yo no la aliño con vinagre pues dejaré de llevarlo. Ya no pasaré a buscarte cuando vayas a ver a tu madre, porque a mí no me molesta coger dos autobuses y andar tres cuartos de hora. Ni volveré a pagar ninguna mensualidad del gimnasio, no es a mí a quien le molestan

al andar los cuarenta kilos que te sobran. Y olvídate de la operación, a mí no me molesta que tu corazón no funcione bien.

—Pero qué murmuras, Luis.

—No, nada, es la ventana, que anoche debió de quedarse abierta y ahora tengo frío. Voy a cerrarla, ¿eh, Gemita?

—Bueno.

—¿Te traigo un vaso de agua o algo?

—No.

—Duérmete, mi vida, no te desveles. Todavía falta hora y media para que suene el despertador.

Compro oro

12 de junio de 2001

Compro oro. También plata, pago según tasación previa. Solamente tardes.

Macarena está mala, por lo menos eso le dijo su madre a Luis el otro día, cuando por fin se decidió a llamarla, figúrate, tanto tiempo que si la llama que si no y al final va y le dicen que está mala. Nos lo contó él mismo, lo de que la había llamado, y que le daba igual, dijo, pero no nos lo creímos, a lo mejor lo dijo para que no nos riéramos más.

A Macarena no le gusta que le digan Macarena, se lo explicamos a Luis hace ya tiempo, desde el primer día del instituto, cuando ella se lo dijo al profesor, que Macarena no, que prefería Macu. Richa y los otros empezaron a llamarla desde ese día Mica, y el tonto de Luis que a mí Macu no me gusta, que yo le voy a decir Macarena. Y ahora la llama y ni se pone. Está mala, le dijo su madre.

Macarena es tonta, me parece. Es nueva en el barrio, se vino a final de verano, de Sevilla, por eso habla así, y en Sevilla no hay playa pero estaba tan morena como nosotros. No sabe nada porque es nueva. Se creerá que Luis es un pamplinas y ahí se ha equivocado, porque Luis vale un puñao, te lo digo yo. Lo que pasa es que somos así, en cuanto alguien nos hace un poco de caso nos creemos que somos dioses y que el otro es una porquería, y eso es lo que le ha pasado a ella. Y Luis nos dijo que le daba igual, total, qué importa, es una tía y ya está, nos dijo. Pero esa tarde no se

vino a jugar al futbito, y a la mañana siguiente no se vino en el recreo detrás de las canchas a tomarse el batido con nosotros.

El taller está en la calle de Richa, donde había antes un zapatero. Yo nunca he visto al zapatero, pero todo el mundo dice donde el zapatero, ahora tendrán que decir donde el taller, o donde el oro. Richa le oyó decir a su madre que era un elemento de cuidado el padre de Macarena, que compraba joyas robadas y que iba a llenar la calle de drogadictos, que ya se veía que tenía razón ella, la madre de Richa, en lo que decía.

El padre de Macarena parecía un tío normal. Gordo, medio calvo, siempre con una chaqueta, aunque hiciera calor, pero sin corbata, secándose el sudor de la frente con un pañuelo. Antes de abrir el taller puso un papel donde se leía próxima apertura de taller de joyería. Eran letras irregulares, algunas mayúsculas y otras minúsculas. Íbamos a escribir algo nosotros encima, de cachondeo, pero Luis nos convenció de que no lo hiciéramos, que ella estaba en nuestra clase, que no conocía a nadie aquí y vaya recibimiento iba a ser ése. Al final nos quedamos con las ganas.

Yo imaginaba una tienda de lujo que mostraría, al otro lado de un escaparate blindado, toda clase de anillos, collares, pulseras y relojes. Seguro que éste es millonario, decía Richa, más por decir algo que por otra cosa, porque Richa es que no se puede estar callado, siempre ha sido así, desde chico. Pero menuda decepción cuando abrieron el taller. Ni siquiera pintó la fachada. Sólo cambió el cartel. La misma mano torpe había escrito con esas letras desiguales compro oro. También plata, pago según tasación previa. Solamente tardes. No era la letra de Macarena porque ésta la habíamos visto en la clase y era ese tipo de letra que tienen muchas niñas muy redondita y que hacen los puntos de la i tan gordos que no sé por qué los harán así de gordos si lo más fácil es hacer un punto y ya está, si por eso se llama el punto de la i. Sí cambió el color, la letra del primer cartel era roja y la del segundo azul.

—¿Veis como sí es millonario? —dijo Richa un día que pasábamos por allí— el tío tiene un rotulador de cada color —y empezó a reírse con esa risa que le entraba.

A Macarena, que nada más llegar al instituto alguien empezara a ir detrás de ella se le subió a la cabeza. Y a Luis lo de que no le hi-

ciese caso se le clavó en el alma. Así somos. Tontos, somos tontos. Dice Richa que si Macu —Mica— hubiese hablado esa tarde con Luis a lo mejor todo sería al revés y Luis andaría esquivándola. Eso pasa, pero Luis no la evitaría, Luis es así, hay que ver, parece como si le gustara, siempre solo ahora, con esa cara. Ya no entrena. Para qué, dijo la última vez que le preguntamos por qué no se venía.

Ayer fui al taller del padre de Macarena, a llevarle el anillo. Yo no es que tenga mucho dinero, más bien poco, pero me da para comprarme una cerveza los viernes en la tienda que hay donde el arroyo y para una cinta de música en el rastro de vez en cuando. No necesito dinero. Pero no sé, el otro día comenté —por decir algo— que a lo mejor llevaba el anillo que me dieron hace ya tiempo, cuando la primera comunión, es de oro, me dijo mi madre, que te dure para toda la vida, para que me diera dinero el padre de Macarena, y Richa me dijo que claro que sí, que si él tuviera un anillo ya lo habría llevado, que anda que no le iba a venir bien la pasta que le dieran. Y fui, solo, ayer.

Hacía mucho ruido al respirar, como si le costara trabajo. En el taller olía fuerte. No era peste, era un olor fuerte, como si hubiesen estado calentando una goma, pero no se veía de donde venía. No dijo nada, sólo me miró. Yo había imaginado que se pondría contento al ver entrar un cliente, pero me miró sin decir nada, como si yo le hubiese llamado.

—Es que he traído un anillo —dije.

—A ver —y sonó a orden.

Le extendí el anillo y temí que me hubiesen mentido, que fuera de plástico y que pensara que yo había querido engañarle o, peor aún, que era incapaz de distinguir el oro del plástico dorado. Me arrepentí de haber entrado y me sentí mal por traer el anillo que me regaló mi madre y rabia porque estaba convenciéndome de que no era oro. Y unas ganas enormes de ver a Macarena, de explicarle lo que iba a ser incapaz de decirle a su padre. De esto me di cuenta después, cuando llegué a la plaza y me senté en un banco con los otros y me sorprendí pensando en Macarena y noté que llevaba bastante rato pensando en ella.

Por fin dejó de mirar el anillo y me miró a mí.

—Es bueno —dijo, con voz de cansado— Es tuyo —añadió.

Yo no sabía qué tenía que decir o hacer ahora, si él iba a seguir

hablando. Parecía que lo que decía el cartel de tasar no se refería al precio sino a la procedencia. Claro que era mío, a quién le iba a quitar yo un anillo. Después me miró muy fijamente, como si ahora quisiera tasarme a mí.

—Anda, vete. Es tuyo y es de oro. Yo te iba a dar muy poco. No dije nada y salí. No se lo conté a nadie.

Richa cogió la pelota y dijo vamos. Yo balbucí hoy no puedo.

—Ya va a empezar éste como el Luis, no te habrá dado a ti también por la Mica, ¿no? —me dijo.

Todos empezaron a reírse y yo me puse colorado. No, es que no puedo, intenté decir, pero casi no me salieron las palabras y creo que nadie me entendió.

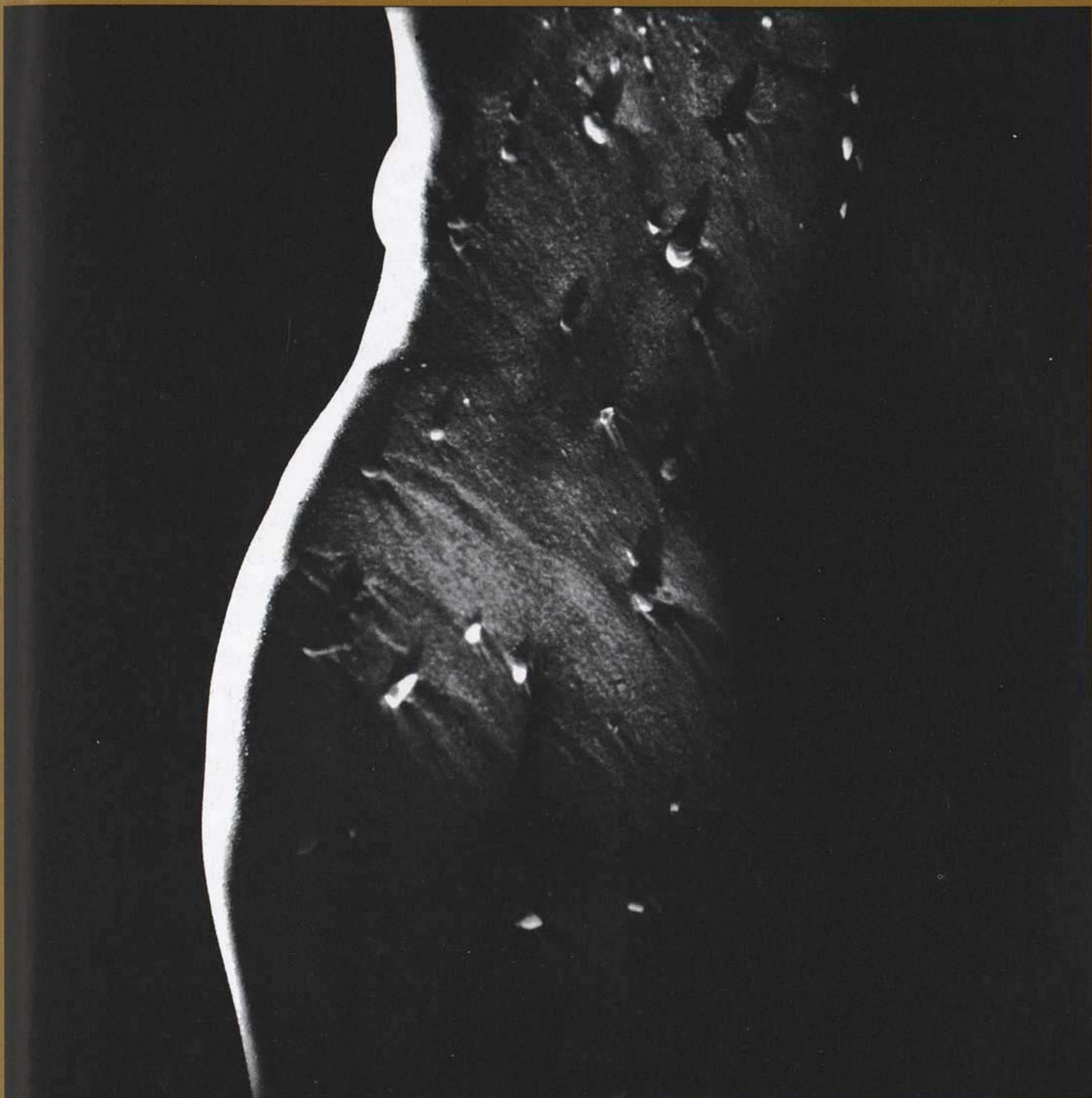
Estoy deseando que llegue mañana para ver a Macarena. Y cuando pienso en ella pienso en Luis y me siento como si estuviera traicionándole, porque Luis es mi amigo. Y me duermo en seguida cuando me acuesto pero después me despierto de madrugada intentando recordar la cara de Macarena. Me digo que tengo que olvidarme, que Macarena es de Luis, pero después me digo que qué va, que Macarena será de quien ella quiera, y me creo que me he pasado toda la noche en vela pero cuando mi madre me despierta me dice que estaba frito del todo, que llevo un rato llamándote, niño.

La de inglés explicó ayer unas cosas en clase y dijo que si alguien no lo entendía que se mirase las fotocopias que nos dio el curso pasado. Macarena levantó la mano y le dijo que ella era nueva y que no tenía las fotocopias y la de inglés le dijo pues búscate alguien que te las preste.

Yo no dije nada, pero ahora, andando hacia el instituto, aprieto con fuerza la carpeta donde le llevo las fotocopias.

Esta noche, una y otra vez, solo en la cama, he estado acercándome a tu mesa, diciéndote hola, te he traído las fotocopias de inglés, si quieres quedatelas, yo ya me lo sé, y tú me mirabas.

El corazón me late con fuerza. Yo trago saliva y aprieto la carpeta, a punto de llegar al instituto.



bio-bibliografía



Nacido en 1968,
sobre 1973 comienza a
leer. La eme con la a, ma. Un
poco más tarde trazas letras regorde-
tas y apelotonadas. La eme con la a,
po. Una adolescencia convulsa como
a lecturas tan homogéneas como
Martín Vigíl y Kafka, Hesse y Dumas.
Y a su primer relato conocido y —gracias
a dios— perdido: «Con él llegó la paz». Ya
mayorcete, con melenas y a lo loco, se rodea
de libros de Vargas Llosa, García Márquez, Cor-
tázar, el gran Delibes, Dámaso Alonso, Cernuda
y, sobre todo, de los novelistas españoles de
postguerra. Ignacio Aldecoa, García Hortelano,
Martín Santos, Cela. Marsé. Después, ya filólogo,
recorriendo el mundo, calvete y a lo loco, lee desde
Arundhati Roy (casi como Aranda Ruiz, pero en sán-
crito) a Millás, desde Max Frish a Soler, desde Mateo
Diez a Garriga, pasando por García Montero, Landero,
Marguerite Yourcener, Juan Manuel Villalba y Faulkner.
Da clases de español para extranjeros, de lengua en Argelia,
trabaja con enfermos mentales y con menores que cumplen
medida judicial, y mientras escribe y concursa: la eme con la a,
tururú. Hasta que en 2003 queda finalista del premio primavera
de novela con «La otra ciudad» y gana el diario sur de novela corta
con Desprendimiento de rutina. Y escribe novelas —El orden im-
probable, 2004— y artículos de opinión (la eme con la a, yo creo que
no) y de viajes (la eme con la a, tren). Y ya no lee nada,
para no ser influido (noooooo).

Este décimo octavo cuaderno de
El agua en la boca,
nombre barajado por Hinojosa, Cernuda, Aleixan-
dre y Prados en 1929 para una publicación de
signo surrealista que sucediera a las dos primeras
etapas de Litoral, se edita como suplemento de
la revista al cumplirse el setenta aniver-
sario de la aparición del primer número
de Litoral, con la intención de difundir la
obra de artistas malagueños. ■ Colaboran
en la realización de este cuaderno, dedicado
al escritor Pablo Aranda, los escritores José
Antonio Garriga Vela y José Antonio Mesa Toré
y el fotógrafo Ignacio del Río. • Se imprimió en
Málaga el día xxxi de xii de mmiv con el diseño y
bajo el cuidado de Miguel Gómez Peña y Lorenzo
Saval y el apoyo del Ayuntamiento y de la Diputa-
ción de Málaga.

